

JORGE ADÁMOLI

por Guillermo Sarmiento



Nuestra amistad ya va rozando los 60 años. Nuestra historia común comenzó cuando Jorge, ya graduado de Ingeniero Agrónomo, se incorpora a nuestro equipo de Ecología en la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales (FCEyN) de la Universidad de Buenos Aires. Durante poco más de un año (1965-66) vivimos juntos una experiencia que –creo– es inolvidable para ambos. Ese grupo de trabajo llevaba adelante un proyecto binacional de investigación ecológica en el Chaco Argentino con una dedicación, un entusiasmo, una seriedad, diría sin dudar, con una mística que no solamente nunca habíamos experimentado antes, sino que diré también que jamás conocí después en las varias universidades donde me tocó desempeñarme por los años subsiguientes. Una mística sí que cortó de cuajo el golpe militar del 66 y la consiguiente Noche de los Bastones Largos.

Después, después... enfrentar el futuro nos separó por casi 20 años, durante los cuales los encuentros fueron espaciados y efímeros, pero esa sólida amistad perduró contra los tiempos y las distancias.

Nuestra vuelta a la querida Argentina se dio en 1984-85; esperábamos retomar el diálogo con el –como decíamos– “ayer”. Inmediatamente, organizamos un progra-

ma de investigación ecológica que cubría todo el país, ¡formidable!, y con un equipo ávido de emprender juntos ese desafío. Pero la suerte nos fue esquiva y no se pudo concretar nuestro común ingreso al requerido centro de investigación en Buenos Aires. Qué pena, otra vez separados.

Yo regresé a Venezuela en tanto que Jorge inició una fértil carrera como Profesor en Cuencas Exactas y Naturales, donde formó un grupo compacto, orientado hacia un campo interdisciplinario agronómico-ecológico, y así fructificó un aporte significativo, conocido y respetado, a diferentes problemas de manejo de recursos naturales.

Cuando catorce años después, en 1999, ya jubilado regresé ¿definitivamente? a mi país, fue una fiesta el reencuentro. Pero qué se le va a hacer, apenas tres años más tarde, contratado como investigador por el

CNPq, me trasladé a Río de Janeiro, donde permanecí hasta el 2004, y ¿ahí quién nos visitó? Jorge y tan bien acompañado. Es el momento de hacer una aclaración imprescindible para redondear nuestro personaje. Decir Jorge es decir Dina, esa pareja tan unida, tan compenetrada, tan linda, que se prolongaba en sus hijos: la inolvidable Lucía, síntesis de ambos, que dejó a Julieta y Francesco, dos nietos que hacen la alegría de sus abuelos, y su hijo el serio y musical Fernando, muy simpático y al igual que su hermana síntesis de lo mejor, que ya es todo, de sus dos progenitores.

Regresando a Buenos Aires en el 2004, tuvimos por primera vez en la vida, la hermosa y deseada oportunidad de interactuar con “los Adámoli” durante cuatro años consecutivos. Cenas, comilonas, charlas infinitas, música, teatro, cine, museos, ¡qué lindo!

A partir del 2008, con Marcela mi esposa, decidimos mudarnos a Córdoba por inevitables motivos, y por los mismos motivos regresar a Venezuela en el 2011. Durante esa aventura cordobesa, cada viaje a Buenos Aires era recomenzar un dialogo infinito con Jorge. Junto con Otto Solbrig, editaron en el año 2008 un tratado sobre *Agro y Ambiente* en el que me invitaron a

escribir un capítulo; por cierto les quedó muy bueno el libro. Los años posteriores fueron casi todos de comunicación débil y a larga distancia. Pero hemos retomado el diálogo en serio últimamente, del mismo diálogo forma parte este recuerdo, en parte historia de vida en parte semblanza de ese entrañable personaje y tan querido amigo.

Para finalizar mencionaré otros aspectos de su personalidad que contribuyen a hacerla tan atractiva. Aparenta una seriedad académica, pero tras la misma se esconde un hombre lleno de alegría de vivir, risueño, bromista, poseedor de una fina y mordaz ironía, un tono picaresco que desenvuelve con suma naturalidad en sus cuentos, donde

reúne en situaciones inusitadas personajes reales con otros salidos de su imaginación literaria. Y *last but not least*, no puedo dejar de referirme a su enciclopédico conocimiento del tango, ¡cómo lo envidio!